

¡Destino de amor el de la fortaleza de Jadraque! Al igual que doña María de Castilla y Gómez Carrillo, aquí pasaron su ardorosa luna de miel el Marqués del Cenete y su mujer, doña Leonor de la Cerda, hija del Duque de Medinaceli, que allí casaron, el 8 de abril de 1492, bajo el padrinazgo de los Reyes Católicos, y aquí, a Jadraque, se vinieron no bien se acabó el festejo de bodas, anhelantes de esta fortaleza de amor, colgada entre tierra y cielo.

Usa ahora don Rodrigo el título de «Conde del Cid», y apura en Jadraque su enamoramiento primerizo, mientras doña Leonor, su mujer, va amarilleando, como un jazmín comido por el fulgor astral de la luna.

Enviuda tan joven el Conde—tiene treinta y ocho años—, que le queda tiempo y vida para muchas cosas. Para tantas, que en Italia, donde salta desde Jadraque, está a punto de casarse nuevamente con Lucrecia Borgia, la hija del Papa Alejandro VI. No es así, porque en el camino se le enredan los ojos de una española, doña María de Fonseca y Toledo, que llega a ser señora de Jadraque y su fortaleza, al cambiar alianzas de oro con el viudo Cenete, que dejó en Italia buena condición de galán campeador.

En la Capilla de los Reyes del Convento de Santo Domingo de Valencia yacen los bultos—en mármol de Carrara—, labrados en 1565, de don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza y doña María de Fonseca y Toledo, marqueses del Cenete, condes del Cid, primeros señores de Jadraque y su castillo...

¡Qué abandono después para la altiva fortaleza! Todavía en 1603, Felipe IV, siendo Príncipe, la vive y se hospeda en ella durante unas tercianas, que le sorprenden camino de Zaragoza, y vienen, desde Atienza, en procesión, las Santas Espinas, que se albergan en el Castillo, junto al lecho de gravedad del príncipe don Felipe.

Con otro Felipe—ya no Austria, sino Borbón—, Felipe V, recobra un poco el castillo su vieja fanfarria militar. El Duque de Berwick trae a Jadraque 15.000 hombres, y en el castillo se releva a diario la guarnición, y hay un tremolar de banderas con lises en los recios murallones...

Luego, en la francesada, nuevos latidos patrios en el corazón de las piedras. Ya todo está vencido, desvencijado; se agrietan los muros, que estuvieron recubiertos de tapicerías; se descujan los artesonados de los techos, bajo cuyo entramado resonaron las cantigas provenzales y las «serranillas» del vecino Arcipreste... Todo lo fue perdiendo, poco a poco, menos su alto mirador de estrellas, que en las noches profundas le siguen quemando con su resplandor supraterráneo.